

DOS FRAGMENTOS DE VIDA\*

# El punto de partida

Leopoldo Peniche Vallado

*Sombras que sólo yo veo  
me escoltan mis dos abuelos*

NICOLÁS GUILLÉN

Fui el menor de nueve hijos de un matrimonio burgués pueblerino. Mi padre, agricultor como mi abuelo, nació con mentalidad de terrateniente, según correspondía a la realidad de su medio y de su formación hogareña. Presunto heredero de considerables extensiones de tierra, cuyo aprovechamiento compartiría con tres hermanos mayores y una hermana menor, vio la luz primera en la apacible villa de Espita, una población de pobres recursos naturales, pero rica en inquietudes de cultura y saludable buen humor, cualidades no muy comunes en el ámbito peninsular, que difundían sus nativos y les granjeaban la admiración ingenua, cuando no el resquemor de sus vecinos regionales.

No sé de dónde hubo sus tierras el abuelo. Posiblemente las recibiera

a su vez en herencia de su padre criollo, a quien la oral ancestral le atribuyó origen portugués quizá por la identidad del patronímico en el toponímico correspondiente a un puerto de Portugal. La verdad es que el escaso o nulo interés que han despertado en mí los estudios genealógicos, me impide ser más explícito en la narración de estos detalles atañedores a mis antepasados.

El caso es que mi abuelo paterno nació terrateniente no sé por qué azares, y se sustentaba de trabajar la tierra en patriarcal solidaridad, según mis noticias, con sus peones mayas. Hablaba el idioma de ellos, vestía a su semejanza, calzón y camiseta de manta, alpargatas y delantal de cotí, pero sólo en horas de faenas, que eran las más; por las noches, recluido en su hogar, edificio de cal y

\* De *Sombras de palabras: memorias y antimemorias*, 1987.

canto construido en el centro del poblado se ataviaba a la usanza burguesa de la época, al igual que su mujer y sus hijos, y esto lo distinguía de sus servidores hacinados, como es de suponer, en viviendas de paredes de barro y techos de palmas, levantadas en el corazón de los montes.

Era la costumbre, admitida por todos y sancionada en la decimonona centuria. Quien viera a mi abuelo en plena juventud, conduciendo carros tirados por bestias, sobre pedregosa llanura, de sol a sol, sudoroso y fatigado, no reconocería en él al manso y circunspecto jefe de familia que por las noches jugaba al tresillo con sus iguales, a la luz del quinqué, ni mucho menos al caballero que en los saraos del pueblo vestía terno de casimir, corbata y calzado de fina piel.

En los días convulsos del estallido de la sublevación indígena que estuvo a punto de reducir a cenizas a las poblaciones más florecientes entonces de la extensa península, mi abuelo aún no había formado hogar, circunstancia deducible para mí, de la edad de sus hijos, todos nacidos en la segunda mitad de la década de los cincuenta, menos mi padre y mi tía, los menores, que nacieron en la de los sesenta.

Es de suponer que la terrible conflagración los afectó en su moral y en sus intereses, como a todos los habi-

tantes "blancos" de la península; pero la familia pudo mantener cierta estabilidad económica, que permitió a cuatro hijos contraer matrimonios durables y felices, lo que no ocurrió en el caso de mi tía que casada en plena juventud, pronto fue abandonada por su marido. Este infortunio la desquició, y la presión del romanticismo epocal la condujo al renunciamiento de todos los placeres honestos de la vida, hasta morir, muchos años después, perdida la razón.

Mi padre se casó principiando la década de los noventa, con la hija menor del tercer matrimonio de mi abuelo materno, oriundo de Mérida y radicado desde joven en Espita, a donde fue a ejercer su profesión de médico. Acerca del parentesco entre mi abuelo paterno y mi abuela materna, delatado por la coincidencia de apellidos, nunca investigué el grado de consanguinidad que los unía, aunque siempre se dijo que no era muy estrecho, pese a que el fenómeno de la multiplicidad de un único patronímico es muy común en los pequeños poblados.

Como los intereses económicos de la familia tenían su asiento en la villa, mi padre, al casarse, fijó su hogar en ella, pero, producto típico del segundo siglo de las luces, experimentó siempre una atracción irreprimible por las formas de vida



civilizadas que no le ofrecía el ambiente rural al que pertenecía. Y buscó en toda ocasión el contacto con la ciudad capital del estado, en la que "turisteaba" con mucha frecuencia, no obstante las grandes dificultades de la larga travesía por caminos intrincados y en vehículos nada confortables.

Contando con la anuencia de su suegro que a fuerza de profesional ciudadano, sabía mucho de estas cosas de la civilización, mi padre viajaba de Espita a Mérida con mi madre cada vez que ésta se veía en trance de alumbramiento, a efecto de recibir la atención conveniente de los más afamados tocólogos meridianos.

Así ocurrió en el transcurso de diez años, durante los cuales las condiciones políticas y económicas cambiantes obraron para inclinar la voluntad de mi padre de trasladar su domicilio definitivo a la ciudad, con el fin de encauzar mejor la educación de sus hijos, que en la villa tenía que ser muy rudimentaria e insuficiente. Él, como en su caso mi abuelo, aspiraba a hacer personas cultas de sus retoños, convirtiéndolos en profesionales, a conciencia de que esta situación privilegiada los alejaría de los sinsabores de la vida del campo y de las labores manuales que el abuelo conocía bien, porque las había desempeñado personalmente. ¡Bien están para los

Doña Gertrudis Vallado viuda de Peniche, madre del dramaturgo, en su antigua casa del barrio de Santa Ana, en 1942 (fotografía tomada por el propio don Leopoldo).



inferiores —decía— nosotros merecemos llevar una vida civilizada! La lección fue bien aprendida por mis tíos y mi padre, y decidieron ponerla en práctica.

El hogar paterno ya estaba ubicado en Mérida cuando yo nací. Reflejo de esa devoción ancestral por las formas civilizadas de vida, era el prurito de volver siempre los ojos a la Europa deslumbrante, cuna de culturas, de ciencias y de artes, de la que venía toda luz a los demás mundos. Expresión de esa admiración por el Viejo Mundo fue la costumbre, adoptada por mi padre, de imponer a sus hijos nombres de personajes internacionales de prosapia ilustre —de preferencia pertenecientes a la realeza— con la secreta y cándida esperanza, tal vez, de que la celebridad histórica del emulado, pasara con el tiempo a la personalidad de aquél que lo reponía onomásticamente.

He aquí la nómina regia seleccionada por mi padre para bautizar a sus nueve hijos. José Gaspar (Rey Mago) Maximiliano (de Austria, exportado a México), Humberto (Italia), Luis (Francia), Guillermina (Holanda), Carlos (España), Cristina (Suecia), Emma (Holanda) y Leopoldo (Bélgica).

En estas pequeñas cosas se diluían los hábitos burgueses de mi padre, ya que por lo demás, ni como patrón ni como ciudadano, su conducta reve-

ló inclinación alguna por las actitudes discriminatorias de tipo racial o cremástico: siempre fue un cumplido caballero católico, sin altanerías ni fatuidades, muy atento a satisfacer dentro de sus posibilidades económicas las necesidades ajenas.

La aspiración al ascenso de esfera social mediante la adquisición de títulos profesionales, también preocupó la mente especulativa del abuelo, dos de cuyos hijos cursaron en Mérida estudios de abogado, que mi padre no pudo realizar por prescripción médica, a causa de un padecimiento visual que le vedó toda dedicación a tareas fatigosas de lectura. No tuvo, pues, otra opción, que consumir su juventud en la atención de las faenas campestres que alimentaban la economía familiar. Pero ello no le impidió aplicar, en sus propios hijos, el criterio educador puesto en práctica por su señor padre.

Las luchas contra el porfiriato y contra su adlátere yucateco, el molinismo, redundaron, como era inevitable, en un desbarajuste económico y social para el sector burgués peninsular. Vinieron a menos las labores agrícolas henequeneras, y las enormes sumas que antes acaparaban las arcas de los terratenientes, comenzaron a ser saqueadas para el sostenimiento de la politiquería, o bien enviadas a bancos extranjeros por los oligarcas que regían los



destinos de la entidad y manejaban como propios los fondos públicos.

De entonces datan mis primeros encuentros con la realidad de la vida: corría el año de 1915, y yo era testigo de los grandes apuros económicos que confrontaba mi padre para el sostenimiento del hogar; la situación se había hecho tan seria por entonces, que lo obligó a renunciar a la propiedad de la única casa habitación que adquirió cuando decidió fijar su residencia en Mérida; el predio estaba ubicado en el barrio de Itzimná, que comenzaba a poblarse en aquel tiempo.

Días después de haber cerrado la operación de venta, a base de los llamados "bilimbiques" emitidos por el gobierno de la Revolución, éste mismo dictó un decreto derogando la circulación de aquel papel moneda, y mi padre se vio poco menos que en la calle, incapacitado financieramente para cumplir, en el nivel en que acostumbraba hacerlo, sus obligaciones hogareñas.

La familia atravesaba por una situación de graves aperturas ocasionadas por la escasez de ingresos pecuniarios, y la inusitada carestía de las subsistencias, cuando, en marzo de dicho año, Mérida fue ocupada por las tropas alvaradistas enviadas por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista don Venustiano Carranza.

MUY CERCA DE MI OCASO...

Si yo tuviera que extravertir los latidos de mi conciencia, para dejar constancia de mi postura humana frente al ocaso existencial implicado por los años transcurridos, no diría como Nervo: "Vida, estamos en paz", expresión de la suprema conformidad de un alma sumisa, templada en el crisol de los deliquios místicos que apagan toda rebeldía y neutralizan todo impulso de lucha por el cambio de horizontes espirituales, en busca de acomodamientos panteístas, ajenos a rigideces éticas y acatamientos dogmáticos.

No, juro que al acercarme al ocaso, no me siento en paz con la vida, con la vida en madurez, se entiende, que con la de la infancia y la juventud ¿quién no está o estuvo en paz, en la paz de la divina inconsciencia? Y no estoy en paz con la vida adulta porque, como el más humano de los seres vivientes, alguna vez abrigué esperanzas, ejecuté trabajos, sufrí penas y siempre, a la postre, resultaron esperanzas fallidas, trabajos injustos y penas inmerecidas.

¿Que fui el arquitecto de mi propio destino? Eso está por verse, y nada más una explosión desorbitada de vanidad, extraña a mis habituales timideces, pudiera conducirme a esta afirmación *ad libitum*. La hiel y las mieles que extraje de las cosas, no

representaron castigos ni premios discernidos por la vida misma con espíritu de justicia limpio de interés: fueron simples compensaciones, negativas o positivas, inherentes a contingencias en las que contaba más la *noluntad* del sujeto que su libre y espontánea voluntad.

¡Y qué lejos estuve de cosechar siempre rosas cuando planté rosales! Porque alguna vez sí me atreví a plantarlos, y creí que mayo sería eterno; así me lo había enseñado ella, la vida, con la visión de sus noches serenas que sólo pude tener a mi alcance cuando me aventuré a arrebatárselas... Si amé y fui amado, esa felicidad no se la debo a la vida, sino a su siervo el azar que siempre ha sabido y podido más que ella, aunque a los filósofos de la razón pura parezca absurdo. Y si el sol acarició mi faz, fue a cambio de curtírmela y devastarla...

Sé muy bien que quien acierte a leer toda la anterior retahíla de pensamientos amargos que me asaltan en la hora en que escribo y me torturan sádicamente en todas las demás —pensamientos que, por otra parte, no tengo ninguna seguridad de que sean leídos, como tantas cosas más, por falta de editor— se atrevería a calificarme de odiosamente pesimista. Y tendría razón; siempre tuve al optimismo, ese optimismo aéreo, ingenuo, del Marden de mis

lecturas juveniles —instrumento estimulante de la felicidad humana menos válida, la que pintan de color rosa— como una droga heroica que exilia momentáneamente al sujeto que la injiere de la realidad, para mostrarla más dura y despreciable al ser fatalmente recuperada. Ese tipo de optimismo —repito— (¿es que puede haber otro?) es, lo que llamamos los "locos de hoy", consuelo de tontos, y, hasta ahora cuando menos, no ha logrado penetrar las sombras irreductibles de mi psicanopsia congénita.

Pero volvamos a Nervo —fina sensibilidad de poeta en débil textura de criatura humana ahogada por el misterio— que antes del medio siglo de su existencia malograda, se sintió "muy cerca de su ocaso" y ¡bendijo a la vida! con ese arrobamiento místico entre religioso y pagano, que caracterizó gran parte de su obra literaria. De haber vivido veinte años más ¿quién puede afirmar que habría mantenido el mismo conformismo optimista, la misma espiritual mansedumbre a los designios de una vida que tan poco le había dado?, ya que todo el mundo supo que sus horas de intimidad dichosa, él solo las construyó contradiciendo —muestra suprema de valor humano del que nunca tuvo conciencia— la línea de esos designios que con siniestra crueldad venían

atenaceando su carne y oprimiendo su alma desde los días no muy remotos de su huraña juventud.

Un Nervo de 70 años, no hubiera estado en paz con la vida, esta vez sí cercana a su ocaso natural. Pero, en cambio —pensamos con egoísmo de gustadores impenitentes de los productos del arte— no nos habría legado esa joya poemática que en sólo quince renglones vuelca una sustancia humana mucho más rica que la que pudiera contenerse en dilatadas páginas de la más ceñida poesía.

Vaya, pues, lo uno por lo otro. Y que me perdonen los cursifobos —alguna vez les adjudiqué un ensayo crítico vапuleante— si me atrevo audazmente a profetizar que un día —lejano o cercano, no sabemos— cuando esa vida que tan amorosamente cantara el nayarita, decida hacerle a éste debida justicia —la justicia que no le ha hecho medio siglo después de su muerte— situará estas quince líneas extraordinariamente sugerentes, entre las más bellas y paradigmáticas de la cosecha poética en lengua española.

Entonces, y sólo entonces, las cenizas de Nervo entañadas en las profundidades de la tierra madre, habrían de clamar en un coro de todas sus partículas:

*Vida, estamos en paz...*



Peniche Vallado visto por Ángel Jean.